



SORPRESAS-CHICAGO

CASI PERIÓDICO SEMANAL

Este semanario no admite suscripciones. Se venderá por calles, paseos y teatros á ocho cuartos el número. Si el sobre que aparece en la cuarta plana contiene papeleta con opción á la sorpresa correspondiente ésta podrá ser recogida de la Administración dentro de un plazo de seis días. Pasado éste caduca el derecho del tenedor de la papeleta.

Redacción y Administración: Alix. 82—Sampaloc.

EXPLICACIONES.

Pedimos benevolencia al respetable público por lo defectuoso que salió el primer número de nuestro periódico, debido á los ahogos y precipitaciones que siempre se presentan cuando de acometer cualquier empresa se trata. Este número ha salido un poco mejor presentado que el que le precedió,—no mucho tampoco—y esperamos que los que le sucedan no desmerezcan en nada; antes bien, *Deo et publicus volente*, mejorarán.

Hemos de hacer constar—y al decirlo se nos llena la boca de agua—que *el que paga*, esa entidad tan respetable, ha recompensado con creces nuestros esfuerzos.

Otra cosa: nuestros maestros—no nos atrevemos á llamar *colegas* á los periódicos de esta Capital—han recibido nuestro ingreso en el gremio con frases lisonjeras, procurando hacernos propaganda y anunciar con conceptos ventajosos nuestra llegada.

Nuestro reconocimiento para con ellos.

ENTRE NÚMERO Y NÚMERO.

Se inauguró la semana con una fiesta religiosa, ostentosa y brillante como pocas, la *Naval* de Binondo.

Con este motivo hubo todo lo que suele haber en idénticas ocasiones; divinos oficios, pláticas sagradas, procesión iluminaciones artísticas y elegantes y mucho, mucho bullicio y algazara y hormigueo de gente y vehículos por los calles.

Esta fiesta ha tenido una nota simpática conmovedora y sencilla: la de la construcción del kiosko de *La Caridad* en la plaza del Conde donde se repartían bonos de una y media peseta á los infelices mendicantes.

El cortejo de tullidos, mancos, ciegos, contrahechos y ancianos fué numeroso, por que sabido es que en todas partes reina el hambre como señora y dueña.

Nuestro aplauso sincero y pequeñín para el autor de idea de tanta alteza.

El decano de repartidores de los periódicos de Filipinas, un anciano achacoso y encorbado que arrastraba tristemente su cuerpo gastado subyugado por la pesada losa de la decrepitud, ha muerto de manera inicua, bajo las yantas de una calesa cuyo auriga no volvió siquiera la cabeza para mejor convencerse de que había cometido un delito y poder lograr, cuando menos, el premio que á los criminales se concede: el remordimiento de su conciencia.

El senecto mártir de su deber ya habrá entrado á estas fechas en la mansión de los justos.

Al Cementerio le han acompañado redactores de el *Diario* y el *Comercio*, donde prestaba sus servicios.

En la noche del lunes amenísima reu-

nión de confianza en casa del Excmo. Comandante general de Marina. Hubo valeses, rigodones, *pas á quatre*, helados y dulces; juegos de manos, atenciones y agasajos; bellas damas y distinguida representación del sexo fuerte.

El miércoles 31 del pasado y el jueves 1.º del actual una compañía de aficionados... á dramatizar de mala manera nos dió en el teatro Zorrilla el *Don Juan Tenorio*, la celebradísima producción del difunto vate D. José, del mismo apellido que nuestro coliseo.

Sorpresas-Chicago, en su cualidad de casi periódico, no puede hacer una crítica formal de la interpretación de aquel drama religioso. Además, si hubiera de hacerla, no podría menos de resplandecer en ella alguna que otra triste verdad, por mucho que huyera de la acrimonia y del apasionamiento.

El público, juez justiciero y universal—por más que *los pavos* digan otra cosa,—fué el encargado en las dos representaciones de volver por el buen nombre del glorioso y siempre viviente bardo castellano.

Según *Moham* participa á *El Comercio*, en telégrama del 30 del mes último, á las ocho y cuarto de ese día presentaba su dimisión el actual Gabinete.

Sagasta ha ido á Palacio, donde tal vez se le encargue de la formación de nuevo Consejo.

Veremos lo que aquel diligente corresponsal—*Moham*, ya lo he dicho antes—sigue telegrafando.

El 1.º del que corre, las casas de los

presentaciones de todas las clases de la sociedad.

Ha habido como siempre coronas, farolillos, cruces, largas inscripciones haciendo el panegírico del difunto y guirnaldas de flores y follaje.

Es de presumir que también haya habido lágrimas.

Nuestra enhorabuena á los dignos Jefes y oficiales de este sufrido y valeroso ejército por las merecidas recompensas que el gobierno de S. M. les ha otorgado como premio á su brava conducta en Mindanao.

Nosotros no hubiéramos dado cruces ni ascensos, ni encomiendas á esos esforzados campeones.

Porqué?

Por que son todos ellos españoles y siéndolo no es cosa sorprendente que sean animosos en la pelea, cuando de defender á la patria se trata.

Piñón, el conocido nigromántico, nos vá á dar á conocer una de estas noches en Zorrilla algunas de las suertes de su repertorio de prestidigitador.

Esta noche, en el mismo teatro, por la Compañía de Carvajal, *Cádiz* y *El Duo de la Africana*.

Siendo domingo y día en que se reparte *Sorpresas-Chicago*, es de esperar un lleno.

¿No deducen Vds. la consecuencia?

En el número próximo les diré por qué.

Y con esto termina la semana, por lo cual abandono la pluma y me despido

de los lectores recomendando á los mismos que no compren un número sólo de *Sorpresas-Chicago*, sino que compren tres cuando menos, para que no dejen de obtener un elegante regalo.

¡Ah! Se me olvidaba: para el número que viene preparamos á los compradores del semanarito una novedad en la confección del número que no dudamos será de su gusto.

Y nosotros, siempre tan bonachones, en vez de aumentar el precio del periódico lo hemos rebajado dos cuartitos y desde hoy sólo cobrarémos por cada ejemplar un real de vellón.

¿Quieren Vds. más desinterés?

Ahora si que vá de veras lo de la despedida. Hasta el número próximo lector pío, se despide de tí y te saluda con el rabo, á la usanza infernal.

BELIAL.

CANTARES DE CAMPOAMOR.

Que es corto sastre, preveo
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

Por mucho que el tren corría,
Corre tanto un—yo te adoro—
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

¡Que no me conoce, ayer
Juró por no sé que santo!
¿Cómo me ha de conocer,
Si yo la conozco tanto?...

DESENGAÑOS.

—De todas las compañeras de colegio ninguna de ellas reunía las bellezas de Consuelo; era hermosa á la manera que lo son los ángeles, uniendo á su hermosura un candor sin límite, una bondad completa, un corazón todo sentimiento.

Quince años había cumplido, los cuales había visto deslizarse dentro de los muros del convento, no conociendo del mundo más que el pedazo de jardín que en aquella santa casa existía y los pequeñísimos detalles que sus compañeras de colegio le daban.

Ignoraba el valor de la palabra madre, por que desde pequeña había sido abandonada y recogida por las benditas Hermanas de la Caridad, seres á quienes adoraba con toda la efusión de su corazón y por quienes daría hasta la última gota de su sangre.

Su compañera más querida era María; con ella compartía todas sus alegrías, juntas estudiaban, unidas elevaban sus preces al Señor, no existiendo entre ambas más que una sola voluntad.

Pero Consuelo no era todo lo franca que debía ser con su amiga; en el fondo

de su corazón existía algo que no había llegado á manifestar á su compañera, algo que tornaba pálidas aquellas sonrosadas mejillas, que le causaba insomnios, que le hacia verter lágrimas cuando, retirada en su celda, comunicaba sus penas á una imagen de la Virgen.

Consuelo amaba á un hombre con toda la grandeza de su alma, cifraba en él su dicha; pero ese amor iba oculto en lo más recondito de su corazón y no se exteriorizaba por temor á que se lo arrebatasen.

Formado el jardín por largas alamedas adornadas de frondosos árboles, terminaban todas en una amplia plazoleta destinada á lugar de recreo de las educandas.

En una de ellas existía una puerta cubierta por hojosa pasionaria que casi la ocultaba por completo.

Allí una tarde, Consuelo, yendo á cojer flores, había visto á Arturo, y la mirada que éste la dirigiera turbó su ser; ahogó su voz, y su corazón fué herido mortalmente.

¿Por que á la tarde siguiente ambos acudieron al mismo sitio? ¿por que?... pues por que ya se amaban; por que el amor no necesita maestros pues nace con el ser y no muere con él sino que por el contrario se purifica.

Ella procuraba ocultarse cuanto podía para no ser vista, y cuando alguna compañera se acercaba, cerraba la boca, pero hablaban los ojos... ¡Y cuántas cosas decían!

Llegaba la hora de partir y entonces, unidas fuertemente sus manos y con los ojos fijos el uno en la otra, se decían ¡adios! cariñosamente, mientras el cefirillo movía suavemente la pasionaria despidiendo estas embriagador perfume y Cupido lanzaba un nuevo flechazo sonriendo con cara de pillín.

Ya el curso había terminado; ya aquel claustro recuperaba su mutismo; ya sin compañeras quedaba la pobre Consuelo, entre aquellos muros, esperando el día feliz en que retornasen.

Pero María no regresaría más al colegio: su despedida había sido definitiva: la sociedad la reclamaba; la crisalida habíase convertido en mariposa deseosa de agitar sus alas y lanzarse al espacio para buscar rosas en donde posarse, aromas con que aletargarse después de larga y precipitada carrera.

Mas rápidos de lo que nadie pudo suponerse se realizaron los acontecimientos. María había sido pedida por los padres de Arturo Sampena, para su compañera de toda la vida.

La boda se celebraría en breve, sabiendo inmediatamente los desposados para Biarritz.

Pálida cual espectro de la muerte, rojos los ojos por el continuo llanto, estenuados los miembros y muerta el alma, vivía allí... entre muros, separada del mundo, la pobre Consuelo.

Tres meses habían trascurrido sin que el enamorado galán acudiera á su cita; tres meses que habían sido para Consuelo eternos.

Sentada estaba en un banco de piedra frente á la pasionaria, cuando una hermana la sacó del silencio en que se encontraba.

—Consuelo, la madre superiora la llama, pues tiene V. en la sala de visitas á su buena amiga María que viene á despedirse de V.

—Consuelo se levantó corriendo; quiso acudir á estrechar á su única buena amiga, pero la fatiga se lo impidió y tuvo que apoyarse en el brazo de la madre... La tisis causaba una víctima más.

Llegó á la sala, cuando María salía á su encuentro ansiosa de abrazarla, más no pudo realizar su objeto, una voz aguda salió de los labios de la pobre Consuelo, sonó un «¡Arturo!»... que no pudo terminarse, pues un borboton de sangre salía de aquella boca mientras el cuerpo de Consuelo caía inerte sobre el pavimento de la sala de visitas; en tanto que la estancia se inundaba de un delicado perfume:

¡Eran las entristecidas pasionarias que mandaban su último adios á Consuelo!...

YANKÉE.

TUYA ES LA CULPA

¿Qué sufres mucho? ¿Que tienes penas?
¿Que nadie tiene de tí piedad?
Porque te quejas si en este mundo,
tu te has labrado tu propio mal.
Las has juzgado buenas, muy buenas,
nunca has dudado de su candor,
y se han burlado de tu cariño
como hoy se burlan de tu dolor,
¿Y aún su recuerdo te causa pena?
¿Sientes por ella honda aflicción?
Tu mal es grave No tiene cura....
¡Estás enfermo del corazón!

T. DE LA C.

LOS DONES DEL HADA.

Cuando el niño tuvo un año cabalito descendió hasta él su hada. Sabido es que todos los hombres la tienen, por misterioso designio de Dios.

Iba vestida la hermosa dama con un vaporoso vestido de gasa blanca sembrado de estrellas.

Acercóse al pequeñuelo que se rebullía en el regazo de su madre como un gatito travieso y le susurró al oído, envueltas en su oloroso aliento, algunas frases.

—Que es lo que ambicionas, rapazuelo—Fué su pregunta.

El interrogado no replicó y buscando con mano torpe las hinchadas y generosas ubres de su madre aplicó á ellas con ansia su boca de fresa.

Eso era lo que quería.

Su respuesta fué más categórica cuando la buena hada, cayendo desde una nube

en una gota de agua de lluvia, le preguntó, frisando ya con los ocho años, cual era el objeto que apetecía.

Sin vacilar le respondió, saltando como un gorrión y palmoreando estrepitosamente:

—A mi me gustaría un polichinela que diera chillidos por la barriga, moviera los brazos y tuviera un traje con muchos cascabeles.

El hada satisfizo su capricho, y sirviéndole de Mercurio una dorada mariposa, le envió el muñeco de sus afanes.

Había cumplido los quince años y era un jovencuelo guapito, rubio como una espiga, con hermosos y virginales ojos azules, iluminados á ratos por rafaquillas de deseo.

El hada, que aquel día se había puesto su vestido de los días de fiesta, de terciopelo rojo con salpicones de perlas blancas y negras, llegándose hasta él y rozándole el bozo naciente con sus labios, le preguntó:

—¿Quieres otro muñeco como el de antaño, que tenga gritos en el vientre y cascabeles en el traje?

—No, no; eso para los chiquilicuatros: ahora quiero una muñeca.

—¿Que diga *papa y mama*, con carita de loza y pendientes de cristal.

—Cá, tontina; la muñeca ha de gritarme al oído "te quiero mucho, alma mía" y su rostro, ha de ser de finísima piel, copia exacta del raso.

—Con que esas tenemos ya, señor enamorado, mi querido soñador.

No debía complacerte; pero, sin embargo, como yo soy la esencia de la bondad te complaceré.

El mancebo pasó la noche de aquel día por una calle que tenía, entre otras, una elegante casa y esta una ventana á la que se hallaba asomada, como deliciosa visión, la muñeca ambicionada.

Miraronse uno y otro; acercáronse espoleados por mútua y espontánea pasión y una hora después ella le decía enlazándole al cuello los brazos.

—¡Alma mía: te quiero mucho!

Vió el hada que el jóven enflaquecía y que el amor iba resultando para el pecho funesto manjar y le quitó de pronto la muñeca, sin que él se diera por muy agraviado con el hurto.

—¿Qué quieres en este momento.—Inquirió la buena señora envolviéndole con su manto grís.

—No sé que pedirte: todo lo que me has concedido ha llegado á hastiarme al poco tiempo: espérate, voy á volverme el alma del revés y á darme un paseo por ella con el entendimiento, procurando que no me siga la voluntad.

Después de breve rato de meditación explanó cual era entonces su afición.

—Ambiciono gloria—dijo al hada—Estoy cansado de ser un pelagatos á los veinticinco años, sin que mis ideas salgan del propio cerebro, mis sentimientos del

corazón y mi cuerpo escuálido de la pequeñez de mi habitación de soltero. Estoy deseando aplausos, aunque sea amasados con censuras; vítores y silbidos: pagar la novatada de cualquier manera y subir luego muy alto en la escala del universal aprecio, al peldaño donde no llegan más que los escojidos de la madre Sabiduría.

—Llegarás—Suspiró la espiritual dama zambulléndose en el aire.

Y cuando el protegido del hada salió aquella noche para dar su acostumbrado paseo, vió que la muchedumbre le miraba con respetuosa veneración; que todos le cedían el paso. Hubo uno que al columbrarle le señaló al gentío, gritando con acento convencido:

—¡Ese es un genio!...

Tuvo cuarenta años el que hasta entonces había sido un hombre en toda la flor de su edad, y se encontró desvenecado, con escaso músculo, sin fibra y sin pasiones de iniciativa y empuje. La gloria le había sentado muy mal. Su cabello ya blanqueaba. Tenía tantas canas como malos trances había pasado.

—Vengo á satisfacer tu capricho de hoy—Volvió á repetirle el hada con embriagadora y maliciosa sonrisa. Pide por esa boca, que por mucho que pidas te lo otorgaré.

—Valiente fantasmona, estás tú: riete cuanto quieras pero dame sin embajes ni androminas lo que anhelo furiosamente.

—¿El qué?

—Un plato de cocido: tengo hambre,

—Otra vez aquí? Dijo él.

—Siempre hijo mío. Te amo mucho para abandonarte.—Le repuso el hada que estaba hermosísima, á lo reina, con su severo traje de negro tul adornado artísticamente con lágrimas de oro y huesecillos de pulido marfil.—¡Necesitas algo!

—Dos cosas: primera...

—¿Esta vez van á ser dos? No importa: dá gusto á la lengua, que para complacerte he nacido yo.

—Primera: que digas á tus hermanas, las hadas de los demás hombres, que se separen de ellos, sino quieren causar la eterna desgracia de los mismos, y la segunda que busques por ahí una huesa donde poder echarme á dormir para siempre. Tengo setenta años y mucho sueño: se me caen los párpados y el alma se me vá mar... cachitos en cada golpe de tós.

—¡Desgracia!—Regrinación de todos: pasión, amor, deseo, ambición, hastío, desencanto; desaliento profundo.

Luego abrió la boca de su pupilo: agarró la respiración con pulso fuerte y, sacándola de los pulmones de aquel, le dejó cadáver.

Yo.

EPIGRAMA.

—Preguntó Checa á Marcial que es famosísimo pillo, cómo estaba de bolsillo, y el contestó:—No estoy mal: sin hacer alardes vanos, ni echarla de rico aquí, siempre me sobran á mí para guantes...

—¿Qué?

—Las manos.

MISCELÁNEAS

Desmayóse una jóven en una reunión y el ama de la casa llamó á la criada diciendo:

—¡Pronto, agua y vinagre, que Andrea ha perdido el sentido!

Al día siguiente presentóse la criada con la escoba en la mano y dijo:

—Señora, aunque he hecho la limpieza con cuidado no ha podido encontrar...

—¿El qué?

—El sentido que perdió anoche la señorita Andrea.

—Mi mujer es un fenómeno, decía un hombre entusiasmado. A los cinco meses de matrimonio me ha dado un hijo. Un amigo suyo le contestó con sorna.

—Yo creo que el fenómeno lo eres tú.

GOLONDRINA DE OTOÑO

Del Norte huyendo las glaciales brumas, de Africa busca el prolongado estío, y rauda pasa, las azules plumas rozando leve en el cristal del río.

Si atrás pudiera yo, corazón mío, dejar así el dolor con que me abrumas, el nido huyendo de un hogar vacío, surcara, ¡oh mar! tus pérfidas espumas.

Nas ella ve el turbión que se avecina y halla otros climas de apacible calma, porque remonta hasta el cenit su vuelo;

Yo imitaré á esa pobre golondrina, y hallaré la perdida paz del alma subiéndolo en alas de la fé hasta el ciclo.

VICENTE W. QUEROL.

LA AVUTARDA

FÁBULA

De sus hijos la torpe avutarda el pesado volar conocía, deseando sacar una cría, más ligera, aunque fuese bastarda.

A este fin muchos huevos robados de alcotán, de jilguero y paloma, de perdíz y de tortola, toma, y en su nido los guarda mezclados

Largo tiempo se estuvo sobre ellos, y aunque hueros salieron bastantes, produjeron por fin los restantes varias castas de pájaros bellos.

La avutarda mil aves convida por lucirlo con cría tan nueva; sus polluelos cada ave se lleva, y hete aquí la avutarda lucida.

Los que andais empollando obras de otros, sacad, pues, á volar vuestra cría. Ya dirá cada autor: "Esta es mía," y veremos que os queda á vosotros.

TOMAS DE IRIARTE.

AVISO

Sorpresas-Chicago, casi periódico chiquitín, que apenas nacido empieza á tener una circulación asombrosa, en buen hora lo digamos, admite anuncios para esta plana á \$ 2'50 \$ mensuales y en el tamaño siguiente, pónganse las líneas que se pongan:

